

Stéphanie Alenda ha dedicado su carrera a estudiar a la derecha chilena.



STÉPHANIE ALENDA:

"EL ESTALLIDO DIO PASO A UNA NUEVA BATALLA por la hegemonía de la derecha"

Para la socióloga, "ante el fortalecimiento de un proyecto de izquierda y con la creación del Frente Amplio, se endurecieron las posiciones en el sector". | **CRISTIÁN PIZARRO ALLARÉ**

Es difícil encontrar alguien que desde la sociología política haya estudiado más que nuestra entrevista a la derecha chilena. Stéphanie Alenda es francesa y llegó al país en 2002 para realizar su posdoctorado.

Es la autora del reconocido libro "Anatomía de la derecha chilena", trabajo que está profundizando y, según cuenta, "generará un nuevo libro sobre el tema en los próximos meses". Actualmente es profesora en la Universidad de Lille y su máster en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París, es académica en la Universidad Andrés Bello y está siguiendo de cerca el fenómeno del alza de la derecha más extrema en su Europa natal.

—El cuadro en Europa parece algo diferente, por cuanto han emergido con mucha fuerza partidos y gobiernos de extrema derecha. ¿Cree usted que las causas de aquello están principalmente en las corrientes migratorias descontroladas?

—Estas causas son múltiples y variables en función de los países. Efectivamente, la inmigración explica en parte el auge de la ultraderecha, pues se interpreta como una amenaza a los valores de la cultura occidental. A esta se añaden la inseguridad, la inflación, el islam. Existen también percepciones más o menos marcadas sobre el abandono del Estado ligado al deterioro de los servicios públicos que tiene como trasfondo una deuda pública colosal.

—No hay que reconocerle algún mérito a estos partidos de extrema derecha que han sabido reconfigurarse?

—Sin duda. Se debe tomar en cuenta el éxito de la estrategia de normalización de partidos con una historia ligada al neofascismo como el Reagrupamiento Nacional, de Marine Le Pen en Francia, y Hermanos de Italia, de Giorgia Meloni, que se convirtieron en opciones electorales tan legítimas como cualquiera otra, a pesar de su pasado autori-

tario. La percepción de que esos partidos constituyen un peligro para la democracia se ha atenuado, también porque han logrado borrar varios aspectos de sus orígenes extremos y de sus programas de gobierno. Es lo que permite separar teóricamente a la derecha radical de la extrema derecha antidemocrática. La primera acepta las reglas procedimentales de la democracia, pero libra a la vez una batalla cultural que amenaza los derechos fundamentales de las minorías; la segunda es claramente antidemocrática.

—¿Qué proyección les ve en el tiempo?

—Si sumamos los efectos del calentamiento global y de los conflictos bélicos en diferentes partes del mundo, está claro que los fenómenos migratorios irán al alza en países donde la inmigración constituye el principal motor del voto por la ultraderecha.

—En algunos casos como Dinamarca, cuando los gobiernos socialdemócratas han hecho suyos los discursos y políticas antimigración de la derecha radical, también en materia de orden y seguridad, han salido reforzados. De hecho, en las elecciones recientes la socialdemocracia se ha logrado imponer en Suecia, Finlandia y Dinamarca. Esto pareciera demostrar que partidos socialdemócratas fuertes pueden operar como dique de contención ante el auge de los extremismos".

UN "DILEMA" PARA LA CENTRODERECHA

—¿Cree, como sostienen varios analistas, que resulta posible distinguir al menos dos derechas en Chile?

—Se puede distinguir dos derechas en el sector, que no separan necesariamente a Chile Vamos del Partido Republicano. Al menos es lo que muestra el análisis que realizamos de las votaciones de los 37 representantes de la derecha en la Convención Constitucional organizados en diferentes colectivos. Uno reúne a convencionales de la UDI, RN y el Partido Republicano; otro, a miembros de Evópoli, RN e independientes. Lo que muestran las votaciones es que este se-

gundo colectivo tenía incluso más en común con el colectivo del Apruebo, o sea la ex-Concertación, que con los integrantes de su propio sector. Sus integrantes apoyaron una mayor regulación del Estado y algunas propuestas comúnmente asociadas a los estados de bienestar. Estas diferencias desaparecieron luego en el Consejo Constitucional hegemonizado por el Partido Republicano. En cuanto a lo que une a esas derechas, diría que son ciertas coincidencias programáticas en materia de seguridad, crecimiento económico y una visión distinta de la izquierda sobre el sistema de prestaciones sociales.

"La candidatura de Lavín en 1999 marca la victoria de los pragmáticos, pues reposiciona a la UDI como un partido con vocación de mayoría".

"Se debe tomar en cuenta el éxito de la estrategia de normalización de partidos con una historia ligada al neofascismo".

—¿Existen diferencias respecto de las bases sociales a las que representan?

—Según diversos estudios, republicanos tendría una base de apoyo electoral más popular que la UDI y RN, también de los evangélicos. Es en los aspectos más "valóricos" que se diferencian más los cuatro partidos. Los partidarios republicanos tienen una concepción muy tradicional de la familia.

—Sin embargo, en cuanto a la solidez de

sus orgánicas partidarias, republicanos parece sacar una ventaja...

—No conozco investigaciones sobre la orgánica partidaria de republicanos pero, de cara a las elecciones municipales, se ha notado una vocación de retomar el trabajo territorial que ya no hace tanto la UDI, mediante la formación de líderes vecinales, jóvenes, y dirigentes sociales. Esa mística recuerda a la UDI de los años 80.

—¿El surgimiento de un partido como el Republicano representa un fracaso para lo que hoy es Chile Vamos?

—Más que un fracaso, da cuenta de un dilema. En Europa, a medida que la derecha convencional trató de recoger las preocupaciones de una sociedad cambiante y más liberal en el ámbito moral, perdió la capacidad de representar a sus electores más duros. Terminó adhiriendo a discursos más radicales sobre inmigración, orden, seguridad y la defensa del Estado de Derecho. El principal desafío para los partidos de centroderecha es lograr fortalecerse organizacional e ideológicamente, pues su objetivo favorecer el crecimiento de la derecha radical.

—¿Existe alguna opción, a su parecer, de que esos bloques confluyan en uno solo?

—Veo poco probable una confluencia considerando que la batalla cultural de republicanos choca con las posiciones liberales que existen en Chile Vamos. Es difícil la adhesión a principios comunes más allá de negociaciones puntuales que se puedan dar. Por lo demás, esa fusión obligaría a republicanos y Chile Vamos a renunciar a sus proyectos políticos respectivos.

EL DESAFÍO DE LA PRIMARIA

—La UDI fue no solo el partido más grande de la derecha, sino que también el más compacto ideológicamente. ¿Cuáles son las causas del cuadro en que se halla hoy?

—La UDI fue durante mucho tiempo el partido más monolítico de la derecha. Pero desde los años 80, se enfrentaron dos posiciones: los pragmáticos, con una estrategia que apuntaba a aumentar su capacidad representativa, y los "doctrinarios", conservadores en el ámbito moral y guardianes del modelo económico, cuyo objetivo principal era mantener su influencia sobre la agenda política. La candidatura de Lavín en 1999 marca de alguna manera la victoria de los primeros sobre los segundos, pues reposiciona a la UDI como un partido con vocación de mayoría. Empezó también con ella lo que fue percibido como un desdibujamiento de la identidad de la derecha, dada la incorporación de temas propios de la izquierda como la lucha contra las desigualdades. En 2013 se produjo la segunda mayor moderación del sector en el período, con la candidatura de Evelyn Matthei. A estos temas redistributivos se sumó el reconocimiento de la agenda de valores asociada a las demandas de la diversidad sexual y de género.

—Todo lo que usted señala trajo consigo fuertes tensiones en ese sector. ¿Se han logrado superar?

—Efectivamente, esa flexibilización programática produjo tensiones en el electorado tradicional del sector y en algunos de sus cuadros dirigentes, lo que desemboca en la renuncia a la UDI de José Antonio Kast y de un grupo de cuadros y militantes con el objetivo de recuperar los valores fundacionales de la derecha. Ante el fortalecimiento de un proyecto de izquierda, durante el segundo gobierno de Michelle Bachevalot y con la creación del Frente Amplio, se endurecieron las posiciones en la derecha, lo que explica la derechización del programa de Piñera en 2017. El estallido social abrió un momento para republicanos y dio paso a una nueva batalla por la hegemonía del sector.

—¿Considera que Evópoli ha logrado cumplir con la promesa de otorgarle expresión política a la derecha liberal?

—Creo que no hay que desmerecer el rol de Evópoli en la instalación en Chile Vamos de una agenda liberal. En una encuesta que aplicamos a las élites de Chile Vamos hace unos 10 años, un 37% de los cuadros dirigentes de Evópoli, considerando toda la estructura partidaria, era favorable a la despenalización del aborto. Por su parte, un 77% de la dirigencia de Evópoli ya estaba a favor del matrimonio igualitario en 2017. La ley fue promulgada durante el segundo gobierno de Sebastián Piñera, al igual que la Ley de Identidad de Género, por lo que podemos considerar que Evópoli ha otorgado mayor diversidad a Chile Vamos.

—¿Cómo ve la disputa presidencial en las derechas? ¿Habrá primarias?

—Los datos de la última encuesta Cadem muestran que Evelyn Matthei ganaría holgadamente una eventual primaria; también, que los dos candidatos más competitivos de la derecha son, hasta el momento, la alcaldesa Matthei y José Antonio Kast. La pregunta radica más bien en cómo la derecha enfrentará el desafío de llevar dos propuestas presidenciales a la primera vuelta.

—¿Y en ese panorama, cree usted que Kast repetirá su votación?

—El verdadero peso de republicanos se evaluará en las elecciones municipales y de gobernadores. El resultado de republicanos dependerá también de su propio trabajo de movilización y de estrategias de posicionamiento, pero también de la capacidad de Chile Vamos de ordenarse en torno a su propio proyecto político. ■